
Mestizaje cultural de un pueblo migratorio del occidente de México

Francisco Miranda
El Colegio de Michoacán

La migración lleva consigo el contacto y la mezcla y genera la participación y el mestizaje. Es, en ese sentido, privilegiado el espacio vital a que vamos a referir estas notas de un estudio por hacer, en relación a una cultura delimitada por la herencia michoacana. La conciencia de identidad hace que la presencia de elementos extraños que poco a poco se van insertando en el contexto de la comunidad no la hagan perder su equilibrio.

Hace falta hablar del occidente de México, como de casi todo México, aunque no con la intensidad de las regiones de migración tradicional, como de una zona hondamente afectada por la migración a los Estados Unidos, simplemente, como se denomina a la Unión Americana, o “el Norte”, en la forma familiar de hablar. Pueblos enteros allí viven en relación con el migrante a estas tierras y en la presente crisis económica de México; su ingreso en dólares ha crecido su prestigio de comunidades afortunadas frente al resto, que ha debido afrontar los tiempos duros con los recursos tradicionales.

El aspecto agradable de la migración que podría ser esa derrama económica contrasta con los

días y meses de angustia para la familia en donde la madre o los hijos, en caso de migración de los jefes de ella, deben asumir responsabilidades que modifican los roles comunes y corrientes.

Asistí al proceso migratorio de mi propio padre en los años siguientes a la postguerra. Era momento de reconstrucción y se requería mano de obra en el campo, la ilusión de tener un ingreso que modificara la rutina del ciclo agrícola y la incertidumbre del mercado hicieron que mi padre, al parecer, intentara emigrar temporalmente. Recuerdo la ansiedad de conseguir dinero para trasladarse a Tlaxcala donde se había organizado uno de los reenganches; la de dejarle a la familia lo que le ayudara a ir pasándola, en el auténtico sentido de la palabra, pues no se sabía cuándo regresaría el jefe de la familia en caso de tener éxito su contratación, ni si le sería posible mandar el dinero conseguido para quitarle a los suyos la preocupación y el acoso del prestamista.

El clima generalizado en mi comunidad, Yurécuaro, era comentar la ausencia, la mucha o poca suerte de quienes habían salido y no regresaban y el oír constantemente a los que ya habían vuelto a sonar en la sinfonía la pegajosa música de *Paso del Norte*, “qué lejos te vas quedando/mis ilusiones de mí se van alejando”. Aquella decepción que contagiaba el ambiente, de quienes no habían tenido el éxito que habían soñado y que los había vuelto a arrojar en la rutina del vivir la vida ordinaria de un pueblo ordinario y recordar la nostalgia que se les volvió angustia por la ausencia, se veía en los que disipaban con el alcohol el recuerdo de los días amargos y de soledad. De entonces era aquel otro estribillo en que seguía la

canción y que se quedó grabado con fuego en la memoria infantil: “¡Qué triste se encuentra el hombre cuando anda ausente/ cuando anda ausente muy lejos de su patria/ mayormente si se acuerda de sus padres y su casa!/ ¡Ay qué destino, para sentarme a llorar”!

En el caso familiar, los niños que entonces éramos tuvimos la suerte de que no saliera contratado el jefe de la familia y después de un turismo inesperado a Tlaxcala, de donde trajo regalos a toda la familia, no se volviera a saber de migración. Antes de casarse mi padre había sido trabajador en Estados Unidos, en Illinois y otros estados del centro. Había vivido allá varios años y la crisis de los treinta lo había repatriado con el acto definitivo de arrojar su pasaporte al cruzar el Río Grande o Bravo. Había dejado al hermano con quien mejor se llevaba y de quien se había acompañado, perdido en Joliet y dado por muerto. La guerra había hecho pensar en ese desenlace al no tener noticias del ausente desde hacía mucho tiempo.

Un buen día nos sorprendió a todos la llegada de alguien que luego supimos era el desaparecido tío Juan, que había jugado papel importante en nuestros juegos de niños pues lo situábamos en nuestra imaginación como el personaje que podía proveernos, en nuestras guerras infantiles, de todo el armamento deseado. Eran años de guerra y las noticias de ella las surtían en gran profusión los Estados Unidos, ya por la radio o instalando carteles con fotografías de sus soldados en las tiendas o changarros del pueblo, donde los grandes se juntaban a comentar las noticias y los chismes, ante el oído atento de los pe-

queños que nos quedábamos a oír cuando se nos mandaba a comprar algún mandado.

Al desconocido lo habíamos visto siempre en una fotografía de hacía veinte años en el cuarto de los abuelos, en camiseta y con el cigarro en la boca y un fondo de paisaje sin cerros, totalmente desconocido en nuestra geografía. Llegaba el tío Juan a estar una temporada con unos padres ancianos y una gran familia que creía desaparecida. Traía por compañera a una mujer de lenguaje extraño, obesa, de vestidos escotados poco usados en el pueblo. Era Helen su esposa, a quien ya mi padre conocía como la novia que lo había hecho quedarse en Estados Unidos. Era tiempo de Navidad y ellos fueron para nosotros auténticos Santa Claus o Reyes Magos en nuestra versión local. Todo mundo era invitado a posar ante la cámara de la tía Helen que se esforzaba en mascullar una que otra palabra en español y se dejaba envolver por el cariño largamente represado de mis viejos abuelos y de la amplia parentela, especialmente los niños que nos embobábamos con las novedades que traía y las palabras anticuadas del castellano del tío Juan. Los abuelos fueron en un instante transformados con la ropa del Norte que les trajeron, y que ellos lucían con orgullo, y poco después empezaron a recibir una mensualidad del hijo recobrado quien a los pocos meses se volvió a Illinois, aunque después supe que había venido con ánimo de quedarse.

Desde esa primera vez las venidas del tío Juan se fueron haciendo regulares; se hospedaban en la casa del familiar con condiciones más cercanas a las de su medio imaginado: piso de cemento, excusados más higiénicos, cocina menos pri-

mitiva. Los tíos empezaron a mandar las fotografías tomadas que enriquecieron los álbumes familiares; escribían de tiempo en tiempo, financiaban una que otra empresa de los familiares, invitaban a alguno de los hermanos, en sus cortas estancias, a hacer turismo, para ellos desconocido, por Guadalajara y México donde asistían a los toros y se hospedaban en hotel elegante y comían en restaurantes, compraban artesanías, que nunca les habían interesado a los del pueblo, que ellos llevaban como recuerdos para sus amistades. Cuando ya se acercaba la fecha (la de sus vacaciones de trabajo), que no comprendíamos por qué fuera siempre la misma, se esperaban los regalos en ropa y cosas del "otro lado", que siempre traían.

A los chicos en edad escolar nos interesaba pedirle a la tía que se pusiera con paciencia a repetirnos palabras en inglés; al tío se le veía sentarse a la puerta de la casa para departir con todos sus amigos y conocidos de otras épocas y tomar cerveza en casa, sin emborracharse, (que sí los familiares que él invitaba y no estaban habituados) la cual compraba en cantidades industriales. Fumaban ambos todo el día unos cigarrillos olorosos cuyo humo nos gustaba aspirar; ella fumaba frente a los hombres, lo que comentaban las demás mujeres.

¿Cuál es el ambiente físico y natural al que hay que referir esa incidencia de los valores traídos por los emigrados? La ubicación geográfica cultural se refiere a la parte noroccidental del estado de Michoacán. Yurécuaro fue desde fines del siglo pasado enlace ferroviario en la línea México-Guadalajara con el sur del estado de Mi-

choacán, de allí partía el subramal Zamora-Los Reyes. Durante la revolución, que utilizó el ferrocarril, fue lugar de tránsito de las tropas que de oídas le hicieron recorrer la geografía mexicana, especialmente la de los estados del norte, antes casi sin relación con el centro y el sur.

Población acostumbrada a la acogida y a la asimilación por haber sido lugar de refugio en las épocas azarosas de la revolución, tuvo presencia migrante desde épocas muy tempranas. En la familia se recordaba el intento del abuelo, que con otros vecinos, compadres y parientes, pretendió rentar alguna vez un tren para escapar hacia el Norte con sus familias; ese Norte que le estuvo robando los hijos cuando estos empezaron a crecer. Este robo ha continuado hasta el presente y la familia se riega por distintos estados de la Unión. En mi familia de seis hermanos, tres radican en los Estados Unidos, aunque dos más hayamos abandonado la casa paterna y el pueblo por otras razones.

En la conciencia cultural de la región no causa extrañeza la ausencia de los hijos, que se polariza en dos direcciones: los Estados Unidos y el Distrito Federal. La región pertenece al ámbito geográfico y cultural michoacano, pero se mueve también bajo las influencias de la región criolla de los altos de Jalmich y la presencia urbana de Guadalajara. El sustrato indígena, cultural y racial, ha casi desaparecido pero se sigue manejando con familiaridad el lenguaje y la cocina michoacana tradicional, mientras que la afición a los caballos y el ganado nos vuelven jaliscienses. Hay una clara asimilación racial de tipo mestizo acriollado que representa y establece el no ver

con familiaridad al Michoacán de características más indígenas.

La importancia del impacto cultural de los Estados Unidos, que sin duda se ha acrecentado con los medios masivos de comunicación, especialmente el cine y la televisión y con menor intensidad por la radio y la prensa, se refleja en las modas del vestir. En el ambiente musical del medio se ha dejado de lado el mariachi para organizarse en orquestas de ritmo moderno que inclusive hacen giras por ciudades de los Estados Unidos, en especial California e Illinois. La orquesta se llama *Siboney* y no usa uno de los mil nombres castellanos.

Una red importante está establecida por gentes de Yurécuaro que comercian con ropa americana de segunda, la que recogen en Tijuana y Mexicali o en Monterrey y la venden en los tianquis semanales de la región, principalmente en las ciudades de Zamora, Jiquilpan, Sahuayo y en el mismo Yurécuaro. No se trata del vendedor de fayuca, así sean aparatos eléctricos, ropa nueva, perfumes u objetivos decorativos, sino de esa mercancía de desecho que compone también la dotación de regalos que los emigrados llevan a sus familiares cuando los visitan.

La comida se ha mantenido, con pocas excepciones, tradicional, e inclusive la sabiduría culinaria ha emigrado, manteniendo en los mismos Estados Unidos sus platillos, lo que implica la aclimatación por lo menos de chiles y tomatillos para las salsas y el gusto por las frutas del lugar y sus antojos: pepinos, cacahuates, mangos, cañas de azúcar, guayabas, guamúchiles y mezquites

en temporada. Ha sido el pueblo bastante tradicional en el uso de los nombres que se han seguido repitiendo en las familias, incluidas las que han emigrado por completo y viven ya en los Estados Unidos.

Pueblo de migración en fuerte grado, tiene suficiente atractivo sobre los ausentes para recuperar un porcentaje alto de jubilación que añoran su clima y se refugian allí para esperar serenamente la muerte, lejos de los extremos climas donde gastaron su juventud. El mismo hecho de que la familia, cuando ha crecido toda en Estados Unidos, retenga con ella a los ancianos, habla de una fuerte tradición clásica del pueblo que se ha exportado y se defiende. La actitud de temor ante la desprotección de la familia hace que una de las angustias de los yurecuarenses sea llegar a edad proveya y ser rechazado por ella internándolos en una casa de ancianos.

La presencia de construcciones nuevas no ha hecho el estrago que en otros lugares, quizá debido a que la clase bienestante del pueblo ha mantenido el control de la zona urbana tradicional. El migrante ha tenido que hacer crecer los nuevos barrios y allí construye su vivienda que se adapta, en la mayor parte de los casos, al modo del pueblo que se ha venido modernizando sin demasiadas audacias, pues poco se han visto en su arquitectura los conocimientos profesionales de arquitectos y sí mucho el diseño y la realización de los dueños, auxiliados por los maistros albañiles. La novedad en el menaje de casa no ha marcado demasiadas diferencias entre los emigrados y la población estable del pueblo, quizá debido a que la industria de las gentes del lugar ha tenido bas-

tante qué ver con la construcción del propio mobiliario.

Fue notable la influencia de la migración en los deportes. Por mucho tiempo Yurécuaro tuvo como deporte principal el beisbol, en un entorno en que se practicaba principalmente el fut y el basquetbol. Hubo aclimatación de jugadores retirados que habían tenido actuaciones no brillantes en equipos importantes de Estados Unidos o el Caribe: ellos impulsaron el beisbol. Desde muy niño asocié ese deporte con la presencia de negros en mi pueblo, (Lausanne y otros) que fueron admitidos sin problema en la comunidad yurecuarense; allí vivieron y allí murieron.

Yurécuaro fue toda la vida una comunidad bastante liberal en la celebración de los bailes, llegando a imponerse como algo natural que la iglesia local no tomaba en cuenta para sus predicaciones moralizantes, como en los pueblos del entorno. Siempre se vio como natural, después de las dificultades de los tiempos de la Cristiada, el respeto de esferas de influencia de las autoridades civiles y religiosas, respeto que se traslucía en cooperación en las empresas que unos y otros emprendían. Si se quiere insistir en ese atípico, (espíritu de tolerancia con los fieles de otras confesiones) se puede agregar que el catolicismo de la mayoría del pueblo se centraba en torno a la celebración anual de la Patrona y poco en la demasiada asistencia a otro tipo de celebraciones. Tan poco influían en el pueblo las congregaciones y asociaciones piadosas como las sociedades de tipo filantrópico de los leones o rotarios. En el campo de la moralidad hubo suficiente tolerancia como para que existiera, hasta las prohibi-

ciones de los últimos años en Michoacán, una próspera zona de tolerancia que sin embargo no era tolerada en los pueblos vecinos.

La vida del trabajo es también un aspecto que se ha impuesto en el clima general de la comunidad; no existe la vagancia institucionalizada, aunque no faltan los vagos que se concentran en los billares del pueblo; hay mala fama para quien no realiza actividades productivas y esto ha dejado poco margen a la práctica de ocios creativos, como las artes, o no tanto, como los chismes. Precisamente de esa población sin oficio ni beneficio han derivado tres profesiones en que Yúrecuaro tiene participación: el narcotráfico, el coyotaje y los agentes judiciales; las dos primeras ligadas con la frontera y todas profesiones de grave riesgo y de fácil fortuna.

La fuerte cohesión comunitaria entre las familias antiguas del pueblo, el fincar su orgullo en la posesión de la zona urbana y de la tierra, hace que la identidad cultural de los yurecuarenses no se vea amenazada en forma preocupante por las influencias gringas, y propicie el retorno de sus emigrantes que siempre retoman su papel de origen, sin importar la prosperidad o miseria con que regresen.

Queriendo asimilar un paralelismo que ubique al migrante frente a la comunidad yurecuarense, me ha venido la curiosidad de averiguar la figura social que era para la España de los siglos XVI, XVII y XVIII, el famoso indiano que un día había salido a correr tierras americanas, por la fascinación de la aventura y la urgencia económica. Figura que desaparecía por unos años del panorama de su pueblo para volver un día a su

terruño y visitar a sus familiares a quienes podía contar las maravillas de su nueva tierra y regalar con las cosas preciosas que en aquellos países de minas y riqueza fabulosa se conseguían sin mucho esfuerzo, según él daba a entender, aunque la verdad era que había llevado una vida sacrificada y de privaciones. Desde el viaje inicial había sufrido la ausencia de su ambiente propio, afrontando lo desconocido y había ahorrado para prosperar y a base de muchos sacrificios había hecho lo que había hecho, ligándose sentimentalmente al nuevo ambiente.

Poco se ha estudiado en la literatura española el impacto de este personaje que retorna a sus orígenes y que es portador de mestizaje; quien fue sin duda el mejor vehículo para enriquecer la vida española en términos de enorme creatividad, rompiendo la rutina de la vida ordinaria para abrirse horizontes y correr aventuras. En su caso el *norteño*, denominación local al migrante, cubre una serie de funciones que hacen que su comunidad de origen, tras el aparente rechazo que le tributa, reciba su influencia en el reajuste de valores mucho más contrastados que los que podía aportar el migrante interno, desprovisto del halo de prestigio y de aventura que supone el manejo de otra lengua, el de residir en muchos casos en forma ilegal con gente tan extraña que hasta su color se sale de los cánones "normales" y con ello las creencias que difieren del catolicismo y el culto a la Virgen y a los santos, para encontrarse con las iglesias distintas que ellos traducen, simplificándolas, en pentecostales, aleyos o mormones, sin entender mayores sutilezas teológicas.

El tema del mestizaje es un tema tan viejo como México mismo. La variedad racial y lingüística que siempre le ha caracterizado, lo han dispuesto siempre a no ver con demasiada preocupación los problemas relativos a la presencia de nuevos componentes en las síntesis culturales que le han dado su propio ser. A nivel de una comunidad como Yurécuaro nos toca asistir como testigo a este nuevo mestizaje.